

El tonel

Peronella mete a su amante en una tinaja al volver su marido a casa; la cual habiéndola vendido el marido, ella le dice que la ha vendido ella a uno que está dentro mirando a ver si le parece bien entera; el cual, saliendo fuera, hace que el marido la raspe y luego se la lleve a su casa.

Con grandísima risa fue la historia de Emilia escuchada y la oración como buena y santa elogiada por todos, siendo llegado el fin de la cual mandó el rey a Filostrato que siguiera, el cual comenzó:

–Carísimas señoras mías, son tantas las burlas que los hombres os hacen y especialmente los maridos, que cuando alguna vez sucede que alguna al marido se la haga, no debíais vosotras solamente estar contentas de que ello hubiera ocurrido, o de enteraros de ello o de oírlo decir a alguien, sino que deberíais vosotras mismas irla contando por todas partes, para que los hombres conozcan que si ellos saben, las mujeres por su parte, saben también; lo que no puede sino seros útil porque cuando alguien sabe que otro sabe, no se pone a querer engañarlo demasiado fácilmente.

¿Quién duda, pues, que lo que hoy vamos a decir en torno de esta materia, siendo conocido por los hombres, no sería grandísima ocasión de que se refrenasen en burlaros, conociendo que vosotras, si queréis, sabríais burlarlos a ellos? Es, pues, mi intención contaros lo que una jovencita, aunque de baja condición fuese, casi en un momento para salvarse hizo a su marido.

No hace casi nada de tiempo que un pobre hombre, en Nápoles, tomó por mujer a una hermosa y atrayente jovencita llamada Peronella; y él con su oficio, que era de albañil, y ella hilando, ganando muy escasamente, su vida gobernaban como mejor podían.

Sucedió que un joven galanteador, viendo un día a esta Peronella y gustándole mucho, se enamoró de ella, y tanto de una manera y de otra la solicitó que llegó a intimar con ella. Y para estar juntos tomaron el acuerdo de que, como su marido se levantaba temprano todas las mañanas para ir a trabajar o a buscar trabajo, que el joven estuviera en un lugar de donde lo viese salir; y siendo el barrio donde estaba, que Avorio se llama, muy solitario, que, salido él, éste a la casa entrase; y así lo hicieron muchas veces. Pero entre las demás sucedió una mañana que, habiendo el buen hombre salido, y Giannello Scrignario, que así se llamaba el joven, entrado en su casa y estando con Peronella, luego de algún rato (cuando en todo el día no solía volver) a casa se volvió, y encontrando la puerta cerrada por dentro, llamó y después de llamar comenzó a decirse:

–Oh, Dios, alabado seas siempre, que, aunque me hayas hecho pobre, al menos me has consolado con una buena y honesta joven por mujer. Ve cómo enseguida cerró la puerta por dentro cuando yo me fui para que nadie pudiese entrar aquí que la molestase.

Peronella, oyendo al marido, que conoció en la manera de llamar, dijo:

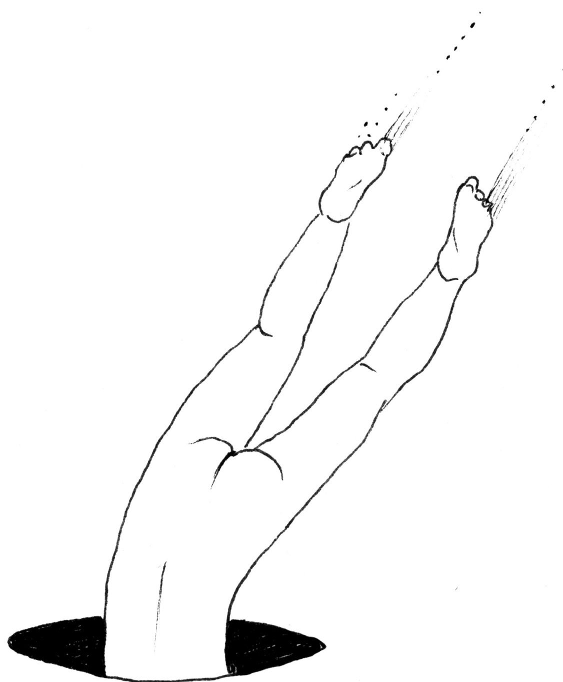
–¡Ay! Giannello mío, muerta soy, que aquí está mi marido que Dios confunda, que ha vuelto, y no sé qué quiere decir esto, que nunca ha vuelto a esta hora; tal vez te vio cuando entraste. Pero por amor de Dios, sea como sea, métete en esa tinaja que ves ahí y yo iré a abrirle, y veamos qué quiere decir este volver esta mañana tan pronto a casa.

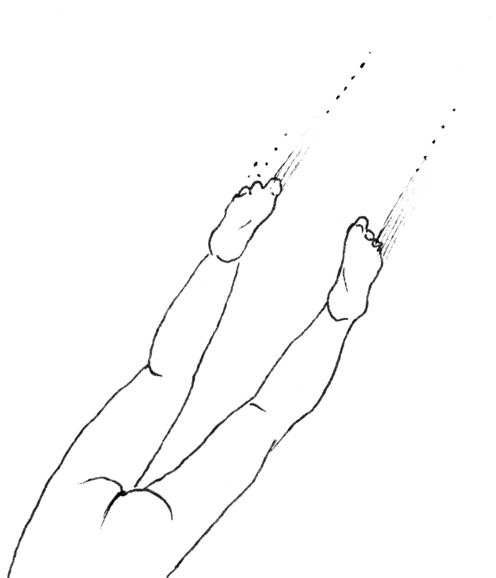
Giannello prestamente entró en la tinaja, y Peronella, yendo a la puerta, le abrió al marido y con mal gesto le dijo:

–¿Pues qué novedad es ésta que tan pronto vuelvas a casa esta mañana? A lo que me parece, hoy no quieres dar golpe, que te veo volver con las herramientas en

la mano; y si eso haces, ¿de qué viviremos? ¿De dónde sacaremos pan? ¿Crees que voy a sufrir que me empeñes el zagalejo y las demás ropas mías, que no hago día y noche más que hilar, tanto que tengo la carne desprendida de las uñas, para poder por lo menos tener aceite con que encender nuestro candil? Marido, no hay vecina aquí que no se maraville y que no se burle de mí con tantos trabajos y cuáles que soporto; y tú te me vuelves a casa con las manos colgando cuando deberías estar en tu trabajo.
Y dicho esto, comenzó a sollozar y a decir de nuevo:
–¡Ay! ¡Triste de mí, desgraciada de mí! ¡En qué mala hora nací! En qué mal punto vine aquí, que habría podido tener un joven de posición y no quise, para venir a dar con este que no piensa en quién se ha traído a casa. Las demás se divierten con sus amantes, y no hay una que no tenga quién dos y quién tres, y disfrutan, y le enseñan al marido la luna por el sol; y yo, ¡mísera de mí!, porque soy buena y no me ocupo de tales cosas, tengo males y malaventura. No sé por qué no cojo esos amantes como hacen las otras. Entiende bien, marido mío, que si quisiera obrar mal, bien encontraría con quién, que los hay bien peripuestos que me aman y me requieren y me han mandado propuestas de mucho dinero, o si quiero ropas o joyas, y nunca me lo sufrió el corazón, porque soy hija de mi madre; ¡y tú te me vuelves a casa cuando tenías que estar trabajando!
Dijo el marido:
–¡Bah, mujer!, no te molestes, por Dios; debes creer que te conozco y sé quién eres, y hasta esta mañana me he dado cuenta de ello. Es verdad que me fui a trabajar, pero se ve que no lo sabes, como yo no lo sabía; hoy es el día de San Caleone y no se trabaja, y por eso me he vuelto a esta hora a casa; pero no he dejado de buscar y encontrar el modo de que hoy tengamos pan para un mes, que he vendido a este que ves aquí conmigo la tinaja, que sabes que ya hace tiempo nos está estorbando en casa: ¡y me da cinco liriados!
Dijo entonces Peronella:
–Y todo esto es ocasión de mi dolor: tú que eres un hombre y vas por ahí y debías saber las cosas del mundo has vendido una tinaja en cinco liriados que yo, pobre mujer, no habías apenas salido de casa cuando, viendo lo que estorbaba, la he vendido en siete a un buen hombre que, al volver tú, se metió dentro para ver si estaba bien sólida.
Cuando el marido oyó esto se puso más que contento, y dijo al que había venido con él para ello:
–Buen hombre, vete con Dios, que ya oyes que mi mujer la ha vendido en siete cuando tú no me dabas más que cinco.
El buen hombre dijo:
–¡Sea en buena hora!
Y se fue.
Y Peronella dijo al marido:
–¡Ven aquí, ya estás aquí, y vigila con él nuestros asuntos!
Giannello, que estaba con las orejas tiesas para ver si de algo tenía que temer o protegerse, oídas las explicaciones de Peronella, prestamente salió de la tinaja; y como si nada hubiera oído de la vuelta del marido, comenzó a decir:
–¿Dónde estáis, buena mujer?
A quien el marido, que ya venía, dijo:
–Aquí estoy, ¿qué quieres?
Dijo Giannello:
–¿Quién eres tú? Quiero hablar con la mujer con quien hice el trato de esta tinaja.
Dijo el buen hombre:
–Habla con confianza conmigo, que soy su marido.
Dijo entonces Giannello:
–La tinaja me parece bien entera, pero me parece que

habéis tenido dentro heces, que está todo embadurnado con no sé qué cosa tan seca que no puedo quitarla con las uñas, y no me la llevo si antes no la veo limpia.
Dijo Peronella entonces:
–No, por eso no quedará el trato; mi marido la limpiará.
Y el marido dijo:
–Sí, por cierto.
Y dejando las herramientas y quedándose en camino, se hizo encender una luz y dar una raedera, y entró dentro incontinenti y comenzó a raspar.
Y Peronella, como si quisiera ver lo que hacía, puesta la cabeza en la boca de la tinaja, que no era muy alta, y además de esto uno de los brazos con todo el hombro, comenzó a decir a su marido:
–Raspa aquí, y aquí y también allí... Mira que aquí ha quedado una pizquita.
Y mientras así estaba y al marido enseñaba y corregía, Giannello, que completamente no había aquella mañana su deseo todavía satisfecho cuando vino el marido, viendo que como quería no podía, se ingenió en satisfacerlo como pudiese; y arrimándose a ella que tenía toda tapada la boca de la tinaja, de aquella manera en que en los anchos campos los desenfrenados caballos encendidos por el amor asaltan a las yeguas de Partia, a efecto llevó el juvenil deseo; el cual casi en un mismo punto se completó y se terminó de raspar la tinaja, y él se apartó y Peronella quitó la cabeza de la tinaja, y el marido salió fuera. Por lo que Peronella dijo a Giannello:
–Coge esta luz, buen hombre, y mira si está tan limpia como quieres.
Giannello, mirando dentro, dijo que estaba bien y que estaba contento y dándole siete liriados se la hizo llevar a su casa.





NOVELA TERCERA

La oración contra las lombrices

Fray Rinaldo se acuesta con su comadre, lo encuentra el marido con ella en la alcoba y le hacen creer que estaba conjurando las lombrices del ahijado.

No pudo Filostrato hablar tan oscuro de las yeguas de Partia que las sagaces señoras no le entendiesen y no se riesen algo, aunque fingiendo reírse de otra cosa. Pero luego de que el rey conoció que su historia había terminado, ordenó a Elisa que ella hablara; la cual, dispuesta a obedecer, comenzó:

–Amables señoras, el conjuro del espantajo de Emilia me ha traído a la memoria una historia de otro conjuro que, aunque no sea tan buena como fue aquélla, porque no se me ocurre ahora otra sobre nuestro asunto, la contaré.

Debéis saber que en Siena hubo en tiempos pasados un joven muy galanteador y de honrada familia que tuvo por nombre Rinaldo; y amando sumamente a una vecina suya y muy hermosa señora y mujer de un hombre rico, y esperando (si pudiera encontrar el modo de hablarle sin sospechas) conseguir de ella todo lo que deseaba, no viendo ninguno y estando la señora grávida, pensó en convertirse en su compadre; y haciendo amistad con su marido, del modo que más conveniente le pareció se lo dijo, y así se hizo.

Habiéndose, pues, Rinaldo convertido en compadre de doña Agnesa y teniendo alguna ocasión más pintada para poder hablarle, le hizo conocer con palabras aquella parte de su intención que ella mucho antes había conocido en las expresiones de sus ojos; pero poco le valió, sin embargo, aunque no desagradara a la señora haberlo oído. Sucedió no mucho después que, fuera cual fuese la razón, Rinaldo se hizo fraile y, encontrara como encontrase aquel pasto, perseveró en ello; y sucedió que un poco, en el tiempo en que se hizo fraile, había dejado de lado el amor que tenía a su comadre y algunas otras vanidades, pero con el paso del tiempo, sin dejar los hábitos las recuperó y comenzó a deleitarse en aparentar y en vestir con buenos paños y en ser en todas sus cosas galante y adornado, y en hacer canciones y sonetos y baladas, y a cantar, y en una gran cantidad de otras cosas semejantes a éstas.

Pero ¿qué estoy yo diciendo del fray Rinaldo de que hablamos? ¿Quiénes son los que no hacen lo mismo? ¡Ay, vituperio del perdido mundo! No se avergüenzan de aparecer gordos, de aparecer con el rostro encarnado, de aparecer refinados en los vestidos y en todas sus cosas, y no como palomas sino como gallos hinchados con la cresta levantada encopetados proceden; y lo que es peor, dejemos el que tengan sus celdas llenas de tarros colmados de electuario y de ungüentos, de cajas de varios dulces llenas, de ampollas y de redomitas con aguas destiladas y con aceites, de frascos con malvasía y con vino griego y con otros desbordantes, hasta el punto de que no celdas de frailes sino tiendas de especieros o de drogueros parecen mayormente a los que las ven; no se avergüenzan ellos de que los demás sepan que son golosos, y se creen que los demás no saben y conocen que los muchos ayunos, las comidas ordinarias y escasas y el vivir sobriamente haga a los hombres magros y delga-

dos y la mayoría de las veces sanos; y si a pesar de todo los hacen enfermos, al menos no enferman de gota, para la que se suele dar como medicamento la castidad y todas las demás cosas apropiadas a la vida de un modesto fraile. Y se creen que los demás no conocen que además de la vida austera, las vigilias largas, el orar y el disciplinarse deben hacer a los hombres pálidos y afligidos, y que ni Santo Domingo ni San Francisco, sin tener cuatro capas cada uno, no de lanilla teñida ni de otros paños señoriles, sino hechos con lana gruesa y de natural color, para protegerse del frío y no para aparentar se vestían. ¡Que Dios los ayude como necesitan las almas de los simples que los alimentan!

Así pues, vuelto fray Rinaldo a sus primeros apetitos, comenzó a visitar con mucha frecuencia a su comadre; y habiendo crecido su arrogancia, con más instancias que antes lo hacía comenzó a solicitarle lo que deseaba de ella.

La buena señora, viéndose solicitar mucho y pareciéndole tal vez fray Rinaldo más guapo de lo que solía, siendo un día muy importunada por él, recurrió a lo mismo que todas aquellas que tienen deseos de conceder lo que se les pide, y dijo:

–¿Cómo, fray Rinaldo, y es que los frailes hacen esas cosas?

A quien el fraile contestó:

–Señora, cuando yo me quite este hábito, que me lo quito muy fácilmente, os pareceré un hombre hecho como los otros, y no un fraile.

La señora se rió y dijo:

–¡Ay, triste de mí! Sois compadre mío, ¿cómo podría ser esto? Estaría demasiado mal, y he oído muchas veces que es un pecado demasiado grande; y en verdad que si no lo fuese haría lo que quisierais.

A quien fray Rinaldo dijo:

–Sois tonta si lo dejáis por eso. No digo que no sea pecado, pero otros mayores perdona Dios a quienes se arrepienten. Pero decidme: ¿quién es más pariente de vuestro hijo, yo que lo sostuve en el bautismo o vuestro marido que lo engendró?

La señora repuso:

–Más pariente suyo es mi marido.

–Decís verdad –dijo el fraile–. ¿Y vuestro marido no se acuesta con vos?

–Claro que sí –repuso la señora.

–Pues –dijo el fraile– y yo, que soy menos pariente de vuestro hijo que vuestro marido, tanto debo poder acostarme con vos como vuestro marido.

La señora, que no sabia lógica y de pequeño empujón necesitaba, o creyó o hizo como que creía que el fraile decía verdad; y respondió:

–¿Quién sabría contestar a vuestras palabras?

Y luego, no obstante el compadrazgo, se dejó llevar a hacer su gusto; y no comenzaron una sola vez sino que con la tapadera del compadrazgo teniendo más facilidad porque la sospecha era menor, muchas y muchas veces estuvieron juntos. Pero entre las demás sucedió una que, habiendo fray Rinaldo venido a casa de la señora y viendo que allí no había nadie sino una criadita de la señora, asaz hermosa y agradable, mandando a su compañero con ella al aposento de las palomas a enseñarle el padrenuestro, él con la señora, que de la mano llevaba a su hijito, se metieron en la alcoba y, cerrando por dentro, sobre un diván que en ella había comenzaron a juguetear; y estando de esta guisa sucedió que volvió el compadre, y sin que nadie lo sintiese se fue a la puerta de la alcoba, y dio golpes y llamó a la mujer. Doña Agnesa, oyendo esto, dijo:

–Muerta soy, que aquí está mi marido, ahora se dará cuenta de cuál es la razón de nuestro trato.

Estaba fray Rinaldo desnudo, esto es sin hábito y sin escapulario, en camiseta; el cual esto oyendo, dijo tristemente:

–Decís verdad; si yo estuviese vestido alguna manera encontraría; pero si le abrís y me encuentra así no podrá encontrarse ninguna excusa.

La señora, por una inspiración súbita ayudada, dijo:

–Pues vestíos; y cuando estéis vestido coged en brazos a vuestro ahijado y escuchad bien lo que voy a decirle, para que vuestras palabras estén de acuerdo con las mías; y dejadme hacer a mí.

El buen hombre no había dejado de llamar cuando la mujer repuso:

–Ya voy. –Y levantándose, con buen gesto se fue a la puerta de la alcoba y, abriéndola, dijo–: Marido mío, te digo que fray Rinaldo nuestro compadre ha venido y que Dios lo mandó porque seguro que si no hubiese venido habríamos perdido hoy a nuestro niño.

Cuando el estúpido santurrón oyó esto, todo se pasmó, y dijo:



–¿Cómo?
–Oh, marido mío –dijo la mujer–, le vino antes de improviso un desmayo que me creí que estaba muerto, y no sabía qué hacerme ni qué decirme, si no llega a aparecer entonces fray Rinaldo nuestro compadre y, cogiéndolo en brazos, dijo: «Comadre, esto son lombrices que tiene en el cuerpo que se le están acercando al corazón y lo matarían con seguridad; pero no temáis, que yo las conjuraré y las haré morir a todas y antes de que yo me vaya de aquí veréis al niño tan sano como nunca lo habéis visto». Y porque te necesitábamos para decir ciertas oraciones y la criada no pudo encontrarte se las mandó decir a su compañero en el lugar más alto de la casa, y él y yo nos entramos aquí dentro; y porque nadie más que la madre del niño puede estar presente a tal servicio, para que otros no nos molestasen aquí nos encerramos; y ahora lo tiene él en brazos, y creo que no espera sino a que su compañero haya terminado de decir las oraciones, y estará terminando, porque el niño ya ha vuelto en sí del todo.
El santurrón, creyendo estas cosas, tanto el cariño por su hijo lo conmovió que no se le vino a la cabeza el engaño urdido por la mujer, sino que dando un gran suspiro dijo:
–Quiero ir a verle.
Dijo la mujer:
–No vayas, que estropearías lo que se ha hecho; espérate, quiero ver si puedes entrar y te llamaré.
Fray Rinaldo, que todo había oído y se había vestido a toda prisa y había cogido al niño en brazos, cuando hubo dispuesto las cosas a su modo llamó:
–Comadre, ¿no es el compadre a quien oigo ahí?
Repuso el santurrón:
–Señor, sí.
–Pues –dijo fray Rinaldo–, venid aquí.
El santurrón allá fue y fray Rinaldo le dijo:
–Tomad a vuestro hijo, salvado por la gracia de Dios, cuando he creído poco ha que no lo veríais vivo al anochecer; y bien haríais en hacer poner una figura de cera de su tamaño a la gloria de Dios delante de la estatua del señor San Ambrosio, por los méritos del cual Dios os ha hecho esta gracia.
El niño, al ver a su padre, corrió hacia él y le hizo fiestas como hacen los niños pequeños; el cual, cogiéndolo en brazos, llorando no de otra manera que si lo sacase de la fosa, comenzó a besarlo y a darle gracias a su compadre que se lo había curado.
El compañero de fray Rinaldo, que no un padrenuestro sino más de cuatro había enseñado a la criadita, y le había dado una bolsa de hilo blanco que le había dado a él una monja, y la había hecho devota suya, habiendo oído al santurrón llamar a la alcoba de la mujer, calladamente había venido a un sitio desde donde pudiera ver y oír lo que allí pasaba.
Y viendo la cosa en buenos términos, se vino abajo, y entrando en la alcoba dijo:
–Fray Rinaldo, las cuatro oraciones que me mandasteis las he dicho todas.
A quien fray Rinaldo dijo:
–Hermano mío, tienes buena madera y has hecho bien. En cuanto a mí, cuando mi compadre llegó no había dicho sino dos, pero Nuestro Señor por tu trabajo y el mío nos ha concedido la gracia de que el niño sea curado.
El santurrón hizo traer buen vino y dulces, e hizo honor a su compadre y a su compañero con lo que ellos tenían necesidad más que de otra cosa; luego, saliendo de casa junto con ellos, los encomendó a Dios, y sin ninguna dilación haciendo hacer la imagen de cera, la mandó colgar con las otras delante de la figura de San Ambrosio, pero no de la de aquel de Milán.

NOVELA CUARTA

El celoso burlado

Tofano le cierra una noche la puerta de su casa a su mujer, la cual, no pudiendo hacérsela abrir con súplicas, finge tirarse a un pozo y arroja a él una gran piedra; Tofano sale de la casa y corre allí, y ella entra en casa y le cierra a él la puerta y con gritos lo injuria.

El rey, al sentir que terminaba la novela de Elisa, sin esperar más, volviéndose hacia Laureta, le mostró que le placía que ella narrase; por lo que ella, sin tardar, así comenzó a decir:

–¡Oh, Amor, cuántas y cuáles son tus fuerzas, cuántos los consejos y cuántas las invenciones! ¿Qué filósofo, qué artista habría alguna vez podido o podría mostrar esas sagacidades, esas invenciones, esas argumentaciones que inspiras tú súbitamente a quien sigue tus huellas? Por cierto que la doctrina de cualquiera otro es tarda con relación a la tuya, como muy bien comprender se puede en las cosas antes mostradas; a las cuales, amorosas señoras, yo añadiré una, puesta en práctica por una mujercita tan simple que no sé quién sino Amor hubiera podido mostrársela.

Hubo hace tiempo en Arezzo un hombre rico, el cual fue llamado Tofano. A éste le fue dada por mujer una hermosísima mujer cuyo nombre fue doña Ghita, de la cual él, sin saber por qué, pronto se sintió celoso, de lo que apercibiéndose la mujer sintió enojo; y habiéndole preguntado muchas veces sobre la causa de sus celos y no habiéndole sabido señalar él sino las generales y malas, le vino al ánimo a la mujer hacerlo morir del mal que sin razón temía. Y habiéndose apercibido de que un joven, según su juicio muy de bien, la cortejaba, discretamente comenzó a entenderse con él; y estando ya las cosas tan avanzadas entre él y ella que no faltaba sino poner en efecto las palabras con obras, pensó la señora encontrar semejantemente un modo para ello.

Y habiendo ya conocido entre las malas costumbres de su marido que se deleitaba bebiendo, no solamente comenzó a alabárselo sino arteramente a invitarle a ello muy frecuentemente. Y tanto tomó aquello por costumbre que casi todas las veces que le venía en gana lo llevaba a embriagarse bebiendo; y cuando lo veía bien ebrio, llevándolo a dormir, por primera vez se reunió con su amante y luego seguramente muchas veces continuó encontrándose con él, y tanto se confió en las embriagueces de éste, que no solamente había llegado al atrevimiento de traer a su amante a casa sino que ella a veces se iba con él a estarse gran parte de la noche en la suya, la cual no estaba lejos de allí. Y de esta manera continuando la enamorada mujer, sucedió que el desgraciado marido vino a darse cuenta de que ella, al animarle a beber, sin embargo, no bebía nunca; por lo que le entraron sospechas de que fuese a ser lo que era, esto es, de que la mujer le embriagase para poder hacer su gusto mientras él estaba dormido. Y queriendo de ello, si fuese así, tener pruebas, sin haber bebido en todo el día, mostrándose una tarde el hombre más ebrio que pudiera haber en el hablar y en las maneras, creyéndolo la mujer y no juzgando que necesitase beber más, para dormir bien prestamente lo preparó. Y hecho esto, según acostumbraba a hacer algunas veces, saliendo de casa, a la casa de su amante se fue y allí hasta medianoche se quedó.

Tofano, al no sentir a la mujer, se levantó y yéndose a la puerta la cerró por dentro y se puso a la ventana, para ver a la mujer cuando volviese y hacerle manifiesto que se había percatado de sus costumbres; y tanto estuvo que la mujer volvió, la cual, volviendo a casa y encontrándose la puerta cerrada, se dolió

sobremanera y comenzó a tratar de ver si por la fuerza podía abrir la puerta. Lo que, luego de que Tofano lo hubo sufrido un tanto, dijo:
–Mujer, te cansas en vano porque dentro no podrás volver. Vuélvete allí adonde has estado hasta ahora; y ten por cierto que no volverás nunca aquí hasta que de esto, en presencia de tus parientes y de los vecinos, te haya hecho el honor que te conviene.
La mujer empezó a suplicar por el amor de Dios que hiciese el favor de abrirle porque no venía de donde él pensaba sino de velar con una vecina suya porque las noches eran largas y ella no podía dormirlas enteras ni velar sola en casa. Los ruegos no servían de nada porque aquel animal estaba dispuesto a que todos los aretinos supieran su vergüenza cuando ninguno la sabía. La mujer, viendo que el suplicar no le valía, recurrió a las amenazas y dijo:
–Si no me abres te haré el hombre más desgraciado que existe.
A quien Tofano repuso:
–¿Y qué puedes hacerme?
La mujer, a quien Amor había ya aguzado con sus consejos el entendimiento, repuso:
–Antes de sufrir la vergüenza que quieres hacerme pasar sin razón, me arrojaré a este pozo que está cerca, en el cual luego cuando me encuentren muerta, nadie creerá sino que tú, en tu embriaguez me has arrojado allí, y así, o tendrás que huir y perder lo que tienes y ser puesto en pregones, o te cortarán la cabeza como al asesino mío que realmente habrás sido.
Nada se movió Tofano de su necia opinión con estas palabras; por la cual cosa, la mujer dijo:
–Pues ya no puedo sufrir este fastidio tuyo, ¡Dios te perdone! Pon en su sitio esta rueca mía, que la dejo aquí.
Y dicho esto, siendo la noche tan oscura que apenas habrían podido verse uno al otro por la calle, se fue la mujer hacia el pozo; y, cogiendo una grandísima piedra que había al pie del pozo, gritando «¡Dios, perdóname!», la dejó caer dentro del pozo.
La piedra, al llegar al agua, hizo un grandísimo ruido, el que al oír Tofano creyó firmemente que se había arrojado dentro; por lo que, cogiendo el cubo con la soga, súbitamente se lanzó fuera de casa para ayudarla y corrió al pozo.
La mujer, que junto a la puerta de su casa se había escondido, al verlo correr al pozo se refugió en casa y se cerró dentro y se fue a la ventana y comenzó a decir:
–Hay que echarle agua cuando uno lo bebe, no luego por la noche.
Tofano, al oírla, se vio burlado y volvió a la puerta;



y no pudiendo entrar, le comenzó a decir que le abriese.
Ella, dejando de hablar bajo como hasta entonces había hecho, gritando comenzó a decir:
–Por los clavos de Cristo, borracho fastidioso, no entrarás aquí esta noche; no puedo sufrir más estas maneras tuyas: tengo que hacerle ver a todo el mundo quién eres y a qué hora vuelves a casa por la noche.
Tofano, por su parte, irritado, le comenzó a decir injurias y a gritar; de lo que sintiendo el ruido los vecinos se levantaron, hombres y mujeres, y se asomaron a las ventanas y preguntaron qué era aquello.
La mujer comenzó a decir llorando:
–Es este mal hombre que me vuelve borracho por la noche a casa o se duerme por las tabernas y luego vuelve a estas horas; habiéndolo aguantado mucho y no sirviendo de nada, no pudiendo aguantar más, he querido hacerle pasar esta vergüenza de cerrarle la puerta de casa para ver si se enmienda.
El animal de Tofano, por su parte, decía cómo había sido la cosa y la amenazaba. La mujer a sus vecinos les decía:
–¡Ved qué hombre! ¿Qué pensaríais si yo estuviera en la calle como está él y él estuviese en casa como estoy yo? Por Dios que dudo que no creyeseis que dice la verdad: bien podéis ver el seso que tiene. Dice que he hecho lo que yo creo que ha hecho él. Creyó que me asustaría arrojando no sé qué al pozo, pero quisiera Dios que se hubiese tirado él de verdad y ahogado, que el vino que ha bebido de más se habría aguado muy bien.
Los vecinos, hombres y mujeres, comenzaron todos a reprender a Tofano y a echarle la culpa a él y a insultarle por lo que decía contra su mujer; y en breve tanto anduvo el rumor de vecino en vecino que llegó hasta los parientes de la mujer. Los cuales llegados allí, y oyendo la cosa a un vecino y a otro, cogieron a Tofano y le dieron tantos palos que lo dejaron molido; luego, entrando en la casa, tomaron las cosas de la mujer y con ella se volvieron a su casa, amenazando a Tofano con cosas peores. Tofano, viéndose malparado y que sus celos le habían llevado por mal camino, como quien bien quería a su mujer, recurrió a algunos amigos de intermediarios; y tanto anduvo, que en paz volvió a llevarse la mujer a su casa, a la que prometió no ser celoso nunca más; y además de ello, le dio licencia para que hiciese cuanto gustase, pero tan prudentemente que él no se apercibiera. Y así, a modo del tonto villano quedó cornudo y apaleado. Y viva el amor (y muera la avaricia) y viva la compañía.

NOVELA QUINTA

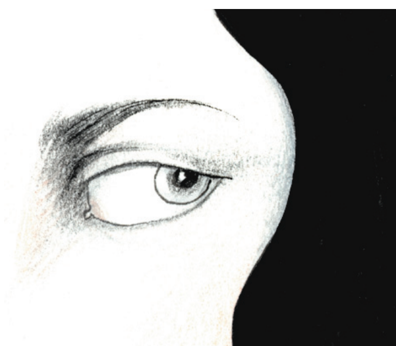
El celoso confesor

Un celoso disfrazado de cura confiesa a su mujer, al cual ésta da a entender que ama a un cura que viene a estar con ella todas las noches, con lo que, mientras el celoso ocultamente hace guardia a la puerta, la mujer hace entrar a un amante suyo por el tejado y está con él.

A su argumento puso fin Laureta; y habiendo ya cada uno alabado a la mujer porque había obrado bien y como a aquel desdichado convenía, el rey, para no perder tiempo, volviéndose hacia Fiameta, placenteramente le encargó novelar; por la cual cosa, ella comenzó así:

–Nobilísimas señoras, la precedente historia me lleva a razonar, semejantemente, sobre un celoso, estimando que lo que sus mujeres les hacen, y máximamente cuando tienen celos sin motivo está bien hecho. Y si todas las cosas hubiesen considerado los hacedores de las leyes, juzgo que en esto deberían a las mujeres no haber adjudicado otro castigo sino el que adjudicaron a quien ofende a alguien defendiéndose: porque los celosos son hostigadores de la vida de las mujeres jóvenes y diligentísimos procuradores de su muerte. Están ellas toda la semana encerradas y atendiendo a las necesidades familiares y domésticas. Deseando, como todos hacen, tener luego los días de fiesta alguna distracción, algún reposo, y poder disfrutar algún entretenimiento como lo toman los labradores del campo, los artesanos de la ciudad y los regidores de los tribunales, como hizo Dios cuando el día séptimo descansó de todos sus trabajos, y como lo quieren las leyes santas y las civiles, las cuales al honor de Dios y al bien común de todos mirando, han distinguido los días de trabajo de los de reposo. A la cual cosa en nada consienten los celosos, y aquellos días que para todas las otras son alegres, a ellas, teniéndolas más encerradas y más recluidas, hacen sentir más míseras y dolientes; lo cual, cuánto y qué consunción sea para las pobrecillas sólo quienes lo han probado lo saben. Por lo que, concluyendo, lo que una mujer hace a un marido celoso sin motivo, por cierto no debería condenarse sino alabarse.

Hubo, pues, en Rímini, un mercader muy rico en posesiones y en dinero el cual, teniendo una hermosísima mujer por esposa, llegó a estar sobremanera celoso de ella; y no tenía otra razón para ello sino que, como mucho la amaba y la tenía por muy hermosa y sabía que ella con todo su afán se ingeniaba en agradarle, juzgaba que todos la amaban y que a todos les parecía hermosa y también que ella se ingeniaba tanto en agradar a otros como a él (argumento que era de hombre desdichado y de poco sentimiento). Y así con estos celos tanta vigilancia tenía de ella y tan sujeta la tenía como tal vez están los que a la pena capital están condenados, que no están vigilados con tanta severidad por los carceleros. La mujer, no ya a bodas o a fiestas o a la iglesia no podía ir sino que no osaba ponerse a la ventana ni mirar fuera de casa por ningún motivo; por la cual cosa su vida era desdichadísima, y aguantaba tanto más impacientemente este fastidio cuanto menos culpable se sentía. Por lo que, viéndose maltratar sin razón por su marido, decidió para consuelo propio encontrar el modo, si alguno pudiera encontrar, de que con justicia le viese hecho. Y porque no podía asomarse a la ventana y así no tenía modo de poder mostrarse contenta del amor de alguno que se lo hubiese manifestado pasando por su barrio, sabiendo que en la casa de al lado de la suya había un joven apuesto y amable, pensó que, si algún agujero hubiese en el muro que dividía su casa de aquélla,



mirar por él tantas veces que llegase a ver al joven en manera de poder hablarle y de darle su amor si quería recibirlo; y, si pudiese encontrarse el modo, encontrarse con él alguna vez y de esta manera pasar su desdichada vida hasta tanto que el diablo saliese de su marido.

Y yendo de una parte a otra, cuando su marido no estaba, mirando el muro de la casa, vio por acaso en una parte asaz secreta de ella el muro abierto un tanto por una grieta; por lo que, mirando por ella, aunque muy mal pudiese discernir la otra parte, llegó a darse cuenta de que era una alcoba allí donde daba la grieta y se dijo:

«Si fuese ésta la alcoba de Filippo (es decir, del joven vecino suyo), estaría casi servida». Y cautamente a una criada suya, que le tenía lástima, la hizo espiar, y encontró que verdaderamente el joven allí dormía solo; por lo que, acercándose con frecuencia a la grieta, y cuando sentía al joven allí, dejando caer piedrecitas y algunas ramitas secas, tanto hizo que, por ver qué era aquello, el joven se acercó allí. Al cual ella llamó suavemente y él, que su voz conoció, le respondió; y ella, teniendo tiempo, en breve le abrió sus pensamientos. De los que muy contento el joven, hizo de tal manera que de su lado el agujero se hizo mayor, aunque de manera que nadie pudiese apercibirlo; y por allí muchas veces se hablaban y se tocaban la mano, pero más adelante no se podía ir por la rígida guardia del celoso. Ahora, acercándose la fiesta de Navidad, la mujer dijo al marido que, si le placía, quería ir la mañana de Pascua a la iglesia y confesarse y comulgar como hacen los otros cristianos; a lo que el celoso dijo: –¿Y qué pecado has hecho que quieres confesarte?

Dijo la mujer:

–¿Cómo? ¿Crees que soy santa porque me tienes encerrada? Bien sabes que cometo pecados como las otras personas que así viven; pero no quiero decírtelos a ti, que no eres cura.

El celoso sintió sospechas con estas palabras y decidió saber qué pecados había cometido aquélla y pensó el modo en que podría hacerlo; y respondió que le parecía bien, pero que no quería que fuese a otra iglesia sino a su capilla, y que allí fuese por la mañana temprano y se confesase con su capellán o con el cura que el capellán le dijese y no con otro, y se volviera enseguida a casa. A la mujer le pareció que medio había entendido; pero sin decir nada respondió que así lo haría. Venida la mañana de Pascua, la mujer se levantó al amanecer y se arreglo y se fue a la iglesia que el marido le había mandado. El celoso, por otra parte, se levantó y se fue a aquella misma iglesia y llegó allí antes que ella; y habiendo ya con el cura de allí adentro arreglado lo que quería hacer, poniéndose rápidamente una de las sotanas del cura con un capuchón grande como el que vemos que llevan los curas, habiéndoselo echado un poco hacia adelante, se sentó en el coro. La mujer, al llegar a la iglesia, hizo preguntar por el cura. El cura vino, y oyendo a la mujer que quería confesarse, dijo que no podía oírla, pero que le mandaría a un compañero suyo; y yéndose, mandó al celoso a su desgracia. El cual, viniendo muy gravemente, aunque no fuese muy de día y él se hubiese puesto el capuchón sobre los ojos, no pudo ocultarse

tan bien que no fuese reconocido prestamente por la mujer; la cual, al ver aquello, se dijo a sí misma: «Alabado sea Dios, que éste de celoso se ha hecho cura; pero dejadlo, que le daré lo que está buscando». Fingiendo, pues, no conocerlo, se sentó a sus pies. Micer celoso se había metido algunas piedrecitas en la boca para que le dificultasen algo el habla, de manera que la mujer no le reconociese, pareciéndole que en todas las demás cosas estaba del todo tan transformado que no creía ser reconocido de ningún modo. Pero viniendo a la confesión, entre las demás cosas que la señora le dijo, habiéndole dicho primero que estaba casada, fue que estaba enamorada de un cura el cual todas las noches iba a acostarse con ella. Cuando el celoso oyó esto le pareció que le habían dado una cuchillada en el corazón; y si no fuera que le azuzó el deseo de saber más de aquello, habría abandonado la confesión e ídose; pero quedándose quieto preguntó a la mujer:
–¿Y cómo? ¿No se acuesta con vos vuestro marido?
La mujer contestó:
–Señor, sí.
–Pues –dijo el celoso– ¿cómo puede también acostarse el cura?
–Señor –dijo la mujer–, el arte con que lo hace el cura no lo sé; pero no hay en casa una puerta tan cerrada que, al tocarla él, no se abra; y me dice él que, cuando ha llegado a la de mi alcoba, antes de que la abra, dice ciertas palabras por las que mi marido se duerme incontinenti, y al sentirlo dormido, abre la puerta y se viene dentro y está conmigo; y esto nunca falla.
Dijo entonces el celoso:
–Señora, esto está mal hecho y tenéis que absteneros por completo de ello.
La mujer le dijo:
–Señor, esto no creo poder hacerlo nunca porque lo amo demasiado.
–Pues yo no podré absolveros.
Le dijo la mujer:
–Lo siento mucho: no he venido aquí para decir mentiras; si creyese que podría hacerlo os lo diría.
Dijo entonces el celoso:
–En verdad, señora, me dais lástima, que os veo perder el alma con estas cosas; pero en vuestro servicio quiero pasar trabajos diciendo mis oraciones especiales a Dios en vuestro nombre, las cuales tal vez os ayuden; y os mandaré alguna vez un monaguillo mío a quien diréis si os han ayudado o no; y si os ayudan, continuaremos.
La mujer le dijo:
–Señor, no hagáis tal de mandarme nadie a casa que, si mi marido lo supiese, es tan celoso que nadie en el mundo le quitaría de la cabeza que venía sino para algo malo, y nunca más tendré paz con él.
El celoso le dijo:
–Señora, no temáis por esto, que lo haré de tal manera que nunca os dirá una palabra.
Dijo entonces la señora:
–Si eso os dice el corazón, estoy de acuerdo.
Y dicha la confesión y recibida la penitencia y poniéndose en pie, se fue a oír misa. El celoso con su desgracia, resoplando, se fue a quitarse las ropas de cura y se volvió a casa, deseoso de encontrar el modo de poder encontrar juntos al cura y a la mujer para jugarles una mala pasada al uno y al otro. La mujer volvió de la iglesia y bien vio en la cara de su marido que le había dado las malas pascuas; pero él se ingeniaba cuanto podía por ocultar lo que había hecho y lo que le parecía saber. Y habiendo deliberado consigo mismo pasar la noche siguiente junto a la puerta de la calle y esperar por si venía el cura, dijo a la mujer: